

EVOCACIONES DE LA ARMADA EN CUBA

TRAS LA HUELLA DE CRISTÓBAL COLÓN

Hermenegildo FRANCO CASTAÑÓN



ERA una mañana luminosa, exactamente las nueve en punto del 12 de diciembre de 1898. Ya habían pasado los amargos momentos de la capitulación de Santiago de Cuba, del protocolo de agosto que puso fin a las hostilidades entre España y los Estados Unidos, y también se había firmado el Tratado de Paz de París.

España iba a volver a su viejo lar peninsular, y la soberanía sobre Cuba iba a cesar el 1 de enero de 1899. Todo estaba ya decidido y la evacuación de la isla en marcha.

Era como digo una hermosa mañana. En la santa iglesia catedral de la ciudad de La Habana y bajo la presidencia del último capitán general español de la isla de Cuba, Adolfo Jiménez Castellanos, iba a tener lugar uno de los actos más trascendentes y dolorosos que aún a España le quedaban por pasar.

La comisión formada por el gobernador de la provincia, Fernández de Castro; el Gobernador Militar de la plaza, general Arolas; el alcalde, marqués de Esteban; el deán de la catedral, Martín Belaustegui, y los vocales de Sanidad y Gracia y Justicia, este último como notario mayor, los señores Parganta y Povin, así como el arquitecto del Estado, Sáenz Yáñez, todos los cuales, en unión del obispo de La Habana y el académico de la Historia, Manuel Santander y Antonio Pérez Rioja, leyeron el acta correspondiente al día 26 de septiembre en que se habían exhumado del nicho, situado en el altar al lado del evangelio, los restos del descubridor de América, Cristóbal Colón, y que se habían depositado hasta la fecha en la sacristía del templo bajo la custodia de una guardia armada.

A continuación, examinada la precintada arqueta con los restos del almirante, fue conducida en un carro de la Sanidad Militar, cubierto con la bandera nacional, a la Comandancia General del Apostadero. En este lugar se entregaron al comandante general, contralmirante Vicente Manterola y Taxonera.

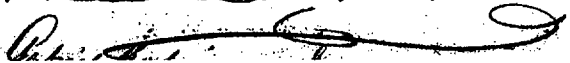
Desde la Comandancia General se trasladaron la arqueta y la llave al muelle de La Machina de San Fernando, situado a su frente y a pocos metros de este edificio, donde se encontraba el crucero *Conde del Venadito* en el que

APOSTADERO
 DE LA
HABANA

(43)

En la Ciudad de la Habana a diez
 de Diciembre de mil ochocientos noventa
 y ocho, recibida por el Excmo. Sr. Vice-Al-
 mirante de la Armada Comandante
 General de este Apostadero y Escuadra Dn.
 Vicente de Mantecola y Tarponeva del Cmo.
 Sr. Gobernador y Capitan General de la
 Isla Don Adolfo Timoner Castellano
 la caja que contiene los restos de Dn. Cri-
 stobal Colon y la llave de la misma
 como encargado de su remision a la Pe-
 ninsula, se traslado a bordo del Coraca
 Leonde del Venadito designado para espe-
 ctuar la conduccion he hizo entrega de
 la referida caja en el mismo estado
 en que la recibiera con su llave al
 Sr. Comandante de dicho buque Capi-
 tan de Fragata D. Esteban de Arriaga
 y Améraga.

Y para que conste firmamos con su
 Exelencia la presente acta el menciona-
 do Sr. Comandante y testigos que renovi-
 sen.

Vicente de Mantecola




Catedral de La Habana.

se embarcaron para el traslado a la Península. El almirante Manterola se los entregó al comandante del buque, capitán de fragata Esteban Arriaga y Amézaga, firmándose el acta de recepción con la testificación del teniente de navío Gabriel Rodríguez Marbán para su traslado a la catedral de Sevilla.

Han pasado casi 103; años, muchas cosas han cambiado en Cuba, otras están casi igual, el aire y la mar son los mismos, su clima y ardiente sol caribeño también; la danza criolla, vulgarmente conocida como «habanera», ha dejado su sitio casi en su totalidad a otros ritmos, pero el alma y el carácter del pueblo cubano siguen como antaño siendo españoles.

Con gran ilusión, como si fuese nuestro primer destino en ultramar, el capitán de navío Armada, el coronel de Infantería de Marina Fidalgo y el que esto escribe nos fuimos a La Habana el 15 de mayo. Allí y a través del agregado de Defensa, coronel de Artillería Nadal, conocimos al ilustre historiador cubano capitán de fragata Gustavo Placer Cervera, al que tanto agradecemos su entusiasta colaboración sirviéndonos de guía de lujo por La Habana vieja.

Llevábamos un plano de la ciudad de la época española, y así pudimos comprobar que poco ha cambiado esta parte de la ciudad en los más de cien años pasados; también viejas fotos de la misma para comparar lugares concretos.



Aspecto actual del edificio que ocupó la Comandancia General del Apostadero de La Habana.

El 16 de mayo, visitamos la catedral, entre otros muchos lugares; allí confirmamos que la plaza donde ésta se encuentra está prácticamente igual; los palacios de don Luis Chacón, gobernador de la isla, situados en su parte sur, que actualmente albergan el Museo de Arte Colonial, y flanqueando a ambos lados, por la izquierda, el del conde de Lombillos, vieja casona del primer tercio del siglo XVII, actualmente Museo de la Educación. A su lado y compartiendo los mismos soportales, se encuentra la casa del marqués de Arcos, otra mansión colonial. Por la derecha, la casa del marqués de Aguas Claras hoy alberga un conocido restaurante. Solamente una verja de hierro sobre las escalinatas de acceso a la puerta principal de la catedral antes inexistente y un nuevo edificio en el rincón nordeste que sustituye a un grupo de pequeñas casas, en la confluencia de las calles Mercaderes y Empedrado, es la variación.

La catedral, uno de los símbolos de la ciudad, construida a finales del siglo XVIII, guardó durante más de un siglo los restos del almirante descubridor de las Indias. En su interior pudimos comprobar el lugar exacto donde reposaron sus restos. Hoy existe en su lugar una gran placa grabada en la que lo manifiesta.

Desde la catedral nos dirigimos en busca de la Comandancia General del Apostadero. Seguimos «la huella de Colón» por el camino que nos pareció el natural, y pasamos por delante de la fortaleza más antigua de La Habana, la

Real Fuerza hacia el malecón y pegados a la bahía contemplamos en la otra banda las fortalezas del Morro y San Carlos de la Cabaña. Después de pasar el edificio de la aduana y parte de los muelles que todavía hoy se llaman de La Machina, llegamos a nuestro objetivo.

La Comandancia General del Apostadero de La Habana es hoy un precioso edificio perfectamente remozado y restaurado que alberga el Museo del Ron en las plantas superiores, y en la baja el Havana Club. Es un edificio de planta cuadrangular con una gran puerta central, bonitas balconadas al exterior y todo él pintado de color albero. Creemos por su aspecto colonial que no desentonaría nada en La Carraca. Entramos por su puerta principal, que nos condujo a un bonito patio central, donde un grupo ensayaba típica música caribeña; a la derecha, una vieja campana de barco y una escalera que conduce al piso superior.

Nuestro acompañante, el capitán de fragata cubano Gustavo Placer, que nos descubrió este edificio, creo que también sintió nuestra emoción al pisarlo; no en vano su abuelo paterno era de Puertedeume. Ni que decir tiene que nos sentamos en una mesa y acompañados por los ritmos cadenciosos de la música cubana nos tomamos unos mojitos rememorando no sólo a Colón, sino a todo aquello que aquellas paredes encierran para la historia de la Marina española en la isla de Cuba.



Vista de La Habana desde Casablanca, año 1848. En el centro, el edificio de la Comandancia General del Apostadero de La Habana. (Litografía de F. Mihale).

Fuera de él, nuestro insigne «guía» nos mostró el lugar aproximado del fondeadero que ocupaba el *Maine* el 14 de febrero de 1898 cuando «voló», a media distancia entre la Comandancia General y la bonita iglesia de Regla en la otra banda de la bahía.

No me conformé con pisar sólo una vez la Jefatura del Apostadero, volví otro día acompañado de una bella cubana de Sancti Spiritus, Yadira, testigo de la explicación de un amable camarero sobre el edificio: «esto era la Comandancia del Capitán General de Marina en la época de España». Fue suficiente.

Y en el recuerdo, Colón volvió de nuevo a nuestras mentes, a navegar desde el muelle de La Machina rumbo a España, acompañado por los restos del heroico capitán de navío Bustamante, muerto en Santiago de Cuba como consecuencia de las heridas recibidas en Las Lomas de San Juan al mando de las columnas de desembarco de la escuadra.

Con la marcha del Descubridor, La Habana se quedó desde entonces un poco huérfana.

